

La Iniciación cristiana en familia

Fernando Simón Rueda

SECRETARIADO DE LA SUBCOMISIÓN
PARA LA FAMILIA Y DEFENSA DE LA VIDA. CEE

RESUMEN La misión de la familia cristiana respecto de la Iniciación cristiana no es una acción evangelizadora más al lado de otras. Posee el carácter de principio y fundamento en virtud de la sacramentalidad del matrimonio que brota de su ser “misterio” para manifestar y hacer presente el “gran misterio” del amor esponsal de Cristo con la Iglesia. Los sacramentos de la Iniciación encuentran su preparación natural en la iglesia doméstica porque en ellos se celebra un misterio que ya se vive cotidianamente en el santuario familiar.

PALABRAS CLAVE Iglesia doméstica, sacramentalidad del matrimonio, pastoral familiar

SUMMARY *The family's mission in the process of Christian initiation is not just one more evangelising act. The mission of initiation constitutes the basic principle and foundation of the family. This is because the sacramentality springing from the “mysterious” nature of the spouses' mutual love manifests and makes present the “great mystery” of Christ's union with His Church. The sacraments of initiation find their natural preparation in the domestic church because the mystery celebrated in these sacraments is already being daily lived in the sanctuary of the family.*

KEY WORDS *Domestic church, sacramentality of matrimony, pastoral work in the family.*

I. INTRODUCCIÓN

En este breve estudio intentaremos exponer algunas claves teológicas para mostrar que la familia cristiana es el ámbito fundamental y primero¹ para la transmisión de la fe y el adecuado desarrollo de la Iniciación cristiana.

1 La misma prioridad que se da a la familia en el plano educativo se ha de extender a la transmisión de la fe. Se trata de un derecho y un deber esencial, originario, primario, insustituible e inalienable. Cf. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Familiaris Consortio* (=FC) (22-XI-1981) 36.

No se trata de la prioridad de un orden cronológico que adjudicaría a la familia el primer momento del despertar religioso y el testimonio catequético, experiencia sacramental y transmisión de contenidos a la parroquia y a la escuela en una segunda fase. El error fundamental reside en que, como veremos a lo largo de nuestra exposición, la misión de la familia no se sitúa “al lado” de otros ámbitos necesarios, sino que ha de estar presente a modo de fundamento en todo el proceso de la Iniciación cristiana. Se trata de una misión nuclear y transversal. En este sentido, la acción pedagógica y catequética no pueden desarrollarse adecuadamente ni alcanzar su plenitud sin la familia.

Partiremos del orden teológico que nos mostrará como la prioridad de la familia no se debe principalmente a que es la primera en intervenir de un modo natural en la Iniciación cristiana, sino porque se sitúa en el ámbito del “misterio” establecido por la Sabiduría divina desde el “principio”, en el plan originario de Dios sobre el hombre que integra el orden de la creación y el orden de la redención.

Esta vinculación de la comunión familiar con el misterio revelado por Dios en Cristo es la razón de la misión familiar a modo de principio y fundamento respecto de la Iniciación cristiana: forma parte del plan eterno de Dios que la familia sea el ámbito fundamental, insustituible y natural para la transmisión de la fe.

II. LA FAMILIA: MISTERIO Y SACRAMENTO

“Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia” (Ef 5, 32). A partir de la Carta a los Efesios², trataremos de mostrar en primer lugar como el matrimonio pertenece al “gran misterio” de Cristo de donde brota su dimensión sacramental tal y como expondremos en el segundo punto. De esta

2 Las reflexiones de este punto siguen el magisterio de Juan Pablo II, especialmente las 129 catequesis que el Papa impartió en las alocuciones generales de los miércoles desde el 5 de septiembre de 1979 al 28 de noviembre de 1984 sobre el amor humano, el matrimonio y la familia en el plan de Dios.

manera podremos comprender que en la familia se hace presente un misterio que se actualiza y se celebra en los sacramentos de la Iniciación cristiana.

1. UNIDAD DE “DOS GRANDES MISTERIOS”

Éste es el “gran misterio” del amor eterno ya presente antes en la creación, revelado en Cristo y confiado a la Iglesia. “Gran misterio es éste -repite el Apóstol-, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia” (Ef 5, 32). No se puede, pues, comprender a la Iglesia como cuerpo místico de Cristo, como signo de la alianza del hombre con Dios en Cristo, como sacramento universal de salvación, sin hacer referencia al “gran misterio”, unido a la creación del hombre varón y mujer, y a su vocación para el amor conyugal, a la paternidad y a la maternidad. No existe el “gran misterio”, que es la Iglesia y la humanidad en Cristo, sin el “gran misterio” expresado en el ser “una sola carne” (cf. Gn 2, 24; Ef 5, 31-32), es decir, en la realidad del matrimonio y de la familia³.

La vinculación del matrimonio y la familia con la categoría de “misterio” nos introduce en una modalidad específica de conocimiento que supera las capacidades puramente racionales. Nos situamos en el plano de una verdad que ha de ser revelada en el contexto de una amistad y que el misterio manifiesta⁴. El matrimonio es remitido así a su origen en la intimidad divina, querido desde la eternidad y que ha sido revelado en el marco de una Alianza esponsal.

La designación paulina del matrimonio como “gran misterio” se sitúa en continuidad con la remisión de la verdad de la persona y del matrimonio al “principio”, tal y como lo hace Jesucristo cuando los fariseos le plantean la cuestión de la indisolubilidad del matrimonio (cf. Mt 19, 1-9), y el Señor remite a una verdad anterior y más fundamental que la ley mosaica, al “principio”, es decir, a la revelación más antigua del plan salvífico originario de Dios,

3 JUAN PABLO II, Carta a las familias *Gratissimam sane* (2-II-1994) 19.

4 Cf. J.J. PÉREZ SOBA, *El corazón de la familia* (Madrid 2005) 148-149; L. MELINA, “Verso una teología della famiglia. Fondamenti del nesso tra evangelizzazione e famiglia”, en: *Familia et Vita* 15 (2010) 50-51.

el designio primigenio de Dios sobre el mundo y sobre el hombre⁵, a la raíz misma de la verdad del ser humano, la fuente de su ser y de su vocación⁶.

Se trata, en definitiva, de la inserción de la verdad del hombre, del matrimonio y de la familia, en el *mystêrion* escondido desde los siglos en Dios, creador de todas las cosas:

El término “*mystêrion*” significa aquí el misterio primero escondido en el pensamiento divino, y después revelado en la historia del hombre. Se trata, en efecto, de un “gran” misterio dada su importancia: ese misterio, como plan salvífico de Dios respecto a la humanidad, es, en cierto sentido, el tema central de toda revelación, su realidad central. Es lo que Dios, como Creador y Padre, desea sobre todo transmitir a los hombres en su Palabra⁷.

Mediante la metodología teológica de la “remisión al principio”, la verdad del matrimonio es insertada en el misterio-plan de salvación de Dios en referencia a la alianza esponsal establecida por Dios. A partir del texto de la Carta a los Efesios comprendemos como el misterio originario del matrimonio, el plan primigenio del Dios sobre la familia, incluye una intrínseca referencia al otro “gran misterio”, el de Cristo con la Iglesia.

Del mismo modo que la Iglesia “en cuanto Esposa fiel, remite siempre a un amor mayor que el suyo del cual vive, al cual se dirige, y que hace presente: el amor del Esposo”⁸, el matrimonio está permanentemente significando el amor mayor que le constituye y da sentido: la comunión esponsal entre Cristo y la Iglesia.

Descubrimos las dos direcciones de la analogía esponsal que se reclaman e iluminan mutuamente, si bien el misterio de Cristo es la base sobre la que se asientan las relaciones conyugales⁹. De esta manera se “manifiesta al

5 Cf. JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó*, cat. 18, n. 3 (Madrid 2000) 140.

6 Cf. *Ibid.* (cat. 23, n. 1) 162; A. SCOLA – G. MARENGO – J. PRADES, *La persona umana. Antropologia teologica*. Amateca, 15 (Milano 2000) 141-194.

7 *Ibid.* (cat. 93, n. 2) 502.

8 J.J. PÉREZ SOBA, “La credibilidad del amor: Fides et ratio”, en: L. MELINA-S. GRYGIEL (eds), *Amar el amor humano. El legado de Juan Pablo II sobre el matrimonio y la familia* (Valencia 2008) 231.

9 Cf. JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó* (cat. 90, n. 4) 490.

mismo tiempo la verdad esencial sobre el matrimonio: que el matrimonio corresponde a la vocación de los cristianos sólo cuando refleja el amor que Cristo-Esposo dona a la Iglesia, y que la Iglesia [...] intenta devolver a Cristo”¹⁰.

A través de la inserción del matrimonio en el “misterio” encontramos dos claves teológicas fundamentales. Por un lado, la presentación del matrimonio desde la perspectiva de la historia de la salvación. Desde el “principio”, el matrimonio existe como parte integrante del plan de Dios sobre el hombre. Ocupa, de este modo, un lugar nuclear en la vocación al amor presente en el corazón de la persona desde el “principio”.

Sin embargo, el centro de la economía de la salvación es Jesucristo: “Él es el Principio” (Col 1,18), “Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas” (Col 1,15-16). La imagen de Dios en el hombre es imagen de Cristo ya que Él es el Adán verdadero, el ideal nativo, el hombre primigenio¹¹.

Y esta es la segunda clave contenida en el misterio: el proyecto primigenio de Dios es, podríamos decir, un matrimonio, la donación esponsal de Dios en la carne de Cristo y la respuesta de la humanidad, de cada hombre, estableciendo una comunión de personas gracias al nuevo dinamismo generado por el Espíritu en el nuevo corazón. Forma parte intrínseca del “principio”, del misterio divino, la elección eterna de los hombres a ser “hijos en el Hijo” (cf. Ef 1,5)¹², posible únicamente cuando son constituidos en “esposa” que recibe la vida nueva del Espíritu.

Por lo tanto, la manifestación de Cristo como Esposo sintetiza de modo admirable el misterio de la esencia divina y el misterio de su plan de salvación¹³. El “gran misterio” de la carta a los Efesios, al formar parte de la ver-

10 Ibid. (cat. 90, n. 2) 489.

11 Cf. G. BIFFI, *Approccio al cristocentrismo* (Milano 1993) 60-61.

12 Cf. JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó* (cat. 97, n. 4), 522; *Id.*, Carta Apostólica *Mulieris dignitatem* (15-VIII-1988) 9.

13 “Presentándose como ‘esposo’, Jesús revela, pues, la esencia de Dios y confirma su amor inmenso por el hombre”: *Gratissimam sane*, 19. “La última intención de Dios al comunicarse hacia fuera es que al Iglesia y la creación entera tenga a Cristo Esposo como fuente de vida divina”: J.M. GRANADOS TEMES, “*Creo en la familia*.” *Juan Pablo II y el amor esponsal* (Murcia 2010) 148.

dad del “principio”, es la clave hermenéutica que explica la continuidad de la iniciativa salvífica de Dios en las distintas fases de su realización¹⁴.

La unidad intrínseca entre los dos “grandes misterios” nos hace comprender no sólo que el matrimonio de la antigua Alianza en la creación encuentra su sentido y plenitud en la unión esponsal de Cristo en la nueva Alianza, sino que tiene como misión específica dar a conocer, manifestar el misterio divino: la comunión trinitaria y el designio de hacer partícipe al hombre de esta comunión incorporándolo a la donación esponsal de Cristo. Esta función de hacer visible, manifestar y hacer presente el “gran misterio” es propio del sacramento. Entramos así en el segundo punto, el paso del “mystêrion” al “sacramentum”¹⁵.

2. DIMENSIÓN SACRAMENTAL DEL MISTERIO.

Situando el matrimonio y la familia en la economía salvífica y a partir de su realidad misteriosa, podemos plantear las bases de su dimensión sacramental. Si la verdad originaria del matrimonio es ser “misterio” y por ello estar intrínsecamente remitido a la donación esponsal de Cristo a la Iglesia según el plan salvífico de Dios establecido desde el “principio”, comprendemos que el misterio de comunión esponsal entre el hombre y la mujer pueda hacer visible y presente la Alianza que Cristo ha establecido con la humanidad a

14 Existe una continuidad entre la Alianza antigua en la que Dios establece el matrimonio en la creación y la Alianza nueva y definitiva en la que Cristo se une esponsalmente con la Iglesia. “Esta continuidad de la iniciativa salvífica de Dios constituye la base esencial de la gran analogía contenida en la Carta a los Efesios. La continuidad de la iniciativa salvífica de Dios significa la continuidad e incluso la identidad del misterio, del ‘gran misterio’, en las diversas fases de su revelación –por tanto, en cierto sentido, de su ‘manifestación’- y, al mismo tiempo de su realización”: (JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó* [cat. 93, n. 3] 502-503). El misterio de Cristo Esposo, al pertenecer a la verdad del “principio”, es el cumplimiento de una promesa de plenitud latente en el canto nupcial de Adán al comenzar la comunión de vida con Eva. Se puede superar así el extrinsecismo al que ha sido sometida la teología sacramental del matrimonio reducido a la institución natural, completa en sí misma y que es elevada en segundo término por Cristo cuando añade la gracia del sacramento. Cf. A. SCOLA, *Il misterio nuziale 2. Matrimonio-famiglia* (Roma 2000) 72-75.

15 Cf. GRANADOS TEMES, “*Creo en la familia*”, 148-152.

través de la Iglesia. Por lo tanto, de la unidad entre los dos “grandes misterios” brota la sacramentalidad de la matrimonio¹⁶.

La relación entre “misterio” y “sacramento” es directa. La realidad del misterio abarca no sólo el plan de salvación de Dios, sino también su realización. Por eso, el término “misterio” se aplica también a los gestos que realizan el plan salvífico¹⁷, siendo este aspecto de eficacia una de las notas características del sacramento:

El sacramento consiste en “manifestar” ese misterio mediante un signo que no sirve sólo para proclamar el misterio, sino también para realizarlo en el hombre. El sacramento es signo visible y eficaz de la gracia. Por medio suyo se realiza en el hombre ese misterio escondido desde la eternidad en Dios, del que habla nada más comenzar la Carta a los Efesios¹⁸.

Cuando planteamos la unidad entre misterio-sacramento en el contexto de la Carta a los Efesios, no nos referimos al sentido estricto propio de los siete sacramentos. Nos referimos a un sentido indirecto de la sacramentalidad del matrimonio pero más básico y fundamental¹⁹. Y la razón es que del texto paulino brotan las bases de la sacramentalidad de la Iglesia. En el “gran misterio” aparece la Iglesia unida íntima y esponsalmente a Cristo en una comunión de vida que posibilita la eficacia sacramental eclesial: “la Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano”²⁰.

16 El matrimonio “se hace signo visible del eterno misterio divino, a imagen de la Iglesia unida con Cristo. De este modo, la Carta a los Efesios nos conduce a las mismas bases de la sacramentalidad del matrimonio”: (JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó* [cat. 90, n. 4] 490).

17 A partir del s. III el término latino que se elige para traducir “*mystêrion*” será “*sacramentum*” en lo que constituye un elemento de gran importancia que permite considerar el matrimonio como “*sacramentum magnum*”. Cf. PÉREZ SOBA, *El corazón de la familia*, 149; P. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, *A las fuentes de la sacramentología cristiana* (Salamanca-Madrid 2004) 122-128.

18 JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó* (cat. 93, n. 5) 504-505.

19 Cf. *Ibid.* (cat. 98, nn. 7-8) 531-532.

20 *Lumen gentium*, 1. “Si hay base suficiente para hablar de la Iglesia como de un sacramento, esta base ha sido indicada, en su mayor parte, precisamente en la Carta a los Efesios”: (JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó* [cat. 93, n. 6] 505).

La sacramentalidad del matrimonio y de la Iglesia están íntimamente unidas, se trata de un misterio dentro del misterio al que está permanentemente remitiendo y manifestando de un modo establecido por Dios desde el “principio”. Por ello, el matrimonio no sólo hace visible el “Nosotros divino”²¹, sino que es signo eficaz de la presencia “permanente” del Esposo (cf. GS 48) y del Espíritu que posibilita una verdadera participación en el dinamismo de donación recíproca entre Cristo y la Iglesia y que vincula a la familia al misterio de la comunión divina. La recíproca pertenencia de los esposos “es representación real, mediante el signo sacramental, de la misma relación de Cristo con la Iglesia. Los esposos son, por tanto, el recuerdo permanente, para la Iglesia, de lo que acaeció en la Cruz” (FC 13).

A partir de este sentido más fundamental de sacramento que brota del “gran misterio” de la Carta a los Efesios, podemos subrayar dos aspectos fundamentales:

La sacramentalidad de la Iglesia es fuente de los sacramentos, y en particular del bautismo y de la Eucaristía, como se desprende del fragmento, ya analizado, de la carta a los Efesios (cf. Ef 5, 25-30). Finalmente, debe decirse que la sacramentalidad de la Iglesia permanece en una relación particular con el matrimonio: el sacramento más antiguo²².

Se subraya así la afirmación expresada en el texto que ha servido de marco en este primer punto: no se puede comprender a la Iglesia sacramento universal de salvación sin la referencia al “gran misterio” del matrimonio y de la familia²³.

De esta manera se refuerza la íntima relación que vincula el matrimonio con los sacramentos del bautismo y de la Eucaristía. El matrimonio, “sa-

21 Cf. *Gratissimam sane*, 6. Esta propiedad de ser “*Sacramentum Trinitatis*”, específica del matrimonio y de la familia iglesia doméstica, es la razón de su fecundidad espiritual. A través de su presencia en el santuario familiar, la Trinidad fecunda y da vida al mundo. Cf. Card. M. OUELLET, “La *communio personarum* en la familia y en la Iglesia: *Familiaris consortio*”, en: MELINA-GRYGIEL (eds), *Amar el amor humano*, 51-56.

22 JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó* (cat. 93, n. 7) 505.

23 Cf. *Gratissimam sane*, 19.

cramento más antiguo”, “sacramento primordial”²⁴ manifiesta y hace presente el “gran misterio” al que está íntimamente referido: la donación de Cristo Esposo en la Cruz de donde brotan la Eucaristía y el Bautismo. El sacramento del nuevo nacimiento nos introduce por el Espíritu en el dinamismo de donación recíproca de Cristo constituyéndonos hijos y “esposa”, partícipes de la nueva alianza que se actualiza en la Eucaristía.

Existe, por lo tanto, una profunda relación entre el “gran misterio” del matrimonio con los “misterios” de la vida cristiana, especialmente el Bautismo y la Eucaristía tal y como san Pablo subraya en la Carta a los Efesios cuando se refiere a la imagen del baño nupcial y alude veladamente a la Eucaristía mediante los cuales el Esposo santifica, purifica, alimenta y cuida a la esposa (cf. Ef 5, 28-30)²⁵.

A través de la unidad entre sacramentalidad de la Iglesia – sacramentalidad del matrimonio – Bautismo – Eucaristía, podemos comprender como el matrimonio juega un papel nuclear en el adecuado desarrollo de la vida cristiana. La vida sacramental del cristiano comienza en el bautismo y culmina en la actualización del don del Esposo y la unión en “una sola carne” con la esposa en la Eucaristía. Pero en este proceso, el matrimonio juega un papel central ya que es la “plataforma” desde la cual puede realizarse este proceso de Iniciación de un modo adecuado:

¿No podemos quizá deducir que el matrimonio ha permanecido como plataforma de la realización de los eternos planes de Dios, según los cuales el sacramento de la creación había acercado a los hombres y los había preparado al sacramento de la redención, introduciéndoles en la dimensión de la obra de la salvación? El análisis de la carta a los Efesios [...] parece inclinarse por esta conclusión²⁶.

24 Sacramento primordial que en el estado de inocencia poseía su dimensión de signo eficaz de gracia, tomando su “eficacia del ‘Hijo amado’ (cf. Ef 1,6)”: (JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó* [cat. 96, n. 7] 523.

25 Cf. PÉREZ SOBA, *El corazón de la familia*, 158-159.

26 JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó* (cat. 97, n. 1) 525.

Por su especial poder manifestativo²⁷ que introduce a los miembros de la familia en el encuentro con el Esposo y les “enseña” el modo esponsal en que Dios ha redimido al hombre²⁸ y por la estrecha vinculación del Bautismo y Eucaristía con el “gran misterio”, el sacramento del matrimonio posee una dimensión evangelizadora que es clave en la misión de la Iglesia y, de un modo más específico, en la transmisión de la fe y el adecuado crecimiento sacramental de la vida cristiana. Es el fundamento, por lo tanto, de la misión de la familia en cuanto “iglesia doméstica”.

III. FAMILIA, IGLESIA DOMÉSTICA

A la luz de las anteriores reflexiones sobre los dos “grandes misterios” presentes en el “principio” de la creación y que evidencian el papel singular que juega la sacramentalidad del matrimonio respecto de la sacramentalidad de la Iglesia, podemos subrayar una conclusión fundamental: el misterio de comunión esponsal de la Iglesia se hace presente en el misterio del matrimonio constituyendo de esta manera a la familia como Iglesia doméstica.

La familia misma es el gran misterio de Dios. Como “iglesia doméstica”, es la esposa de Cristo. La Iglesia universal, y dentro de ella cada Iglesia particular, se manifiesta más inmediatamente como esposa de Cristo en la “iglesia doméstica” y en el amor que se vive en ella²⁹.

27 Ni siquiera tras el pecado original el matrimonio “cesó jamás de ser figura de ese sacramento del que nos habla la Carta a los Efesios”: (JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó* [cat. 97, n. 1] 525).

28 “El matrimonio como sacramento primordial constituye, por una parte, la figura (y, por lo tanto: la semejanza, la analogía), según la cual está construida la estructura fundamental que sustenta la nueva economía de la salvación y del orden sacramental”: (JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó* [cat. 98, n. 2] 529).

29 *Gratissimam sane*, 19. “É la sacramentalità del matrimonio che rende la famiglia oggettivamente *chiesa domestica*”: (SCOLA, *Il misterio nuziale*, 79).

Esta nueva categoría, “pequeña Iglesia doméstica”³⁰, estrechamente unida a la de “gran misterio” nos ayuda a comprender la misión prioritaria y específica que tiene la familia de transmitir la fe e introducir a los miembros en la vida trinitaria mediante los sacramentos de la Iniciación cristiana. Nos situamos, por lo tanto, en el plano de la evangelización.

1. IGLESIA DOMÉSTICA Y VIDA TEOLOGAL.

La familia se constituye en iglesia doméstica precisamente por su referencia a un “misterio” que la antecede y funda. Se trata del misterio de comunión trinitaria y el misterio de la libertad filial de Cristo que en su entrega al Padre realiza la donación de su vida al hombre reclamando la correspondencia de la esposa. Por eso, el misterio de comunión familiar es un camino excepcionalmente directo para descubrir el misterio del amor primero de Dios que antecede e ilumina la vida del hombre³¹ y lugar de encuentro cotidiano con el Esposo que permanece en la familia. Y es en este sentido por lo que hemos establecido una vinculación directa entre la familia iglesia doméstica, y las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad³². Se muestra así como la familia es, por su propio ser, sujeto esencial en la transmisión de la fe.

La experiencia de la paternidad-maternidad abre el horizonte de los miembros de la familia para comprender la dinámica de la donación divina que precede la vida de cada persona. Cuando la paternidad-maternidad no se plantean únicamente desde la iniciativa humana como el resultado de una elección de los padres, el planteamiento pasa de la disyuntiva de tener o evitar un hijo a la gozosa experiencia de acoger un don sagrado, fruto de un amor eterno. El propio dinamismo del don nos hace comprender que nuestra vida

30 Cf. *Lumen gentium*, 11; *Apostolicam actuositatem*, 11; SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In Genesim sermo* VI, 2; VII, 1 (PG 54, 607ss).

31 Existe algo sagrado en la familia, “tiene un misterio suyo que le es propio, que es precisamente la presencia de esa fuente en medio de la familia. Sólo en la medida que esa fuente de amor primero sea el centro de la familia, la familia se convierte así, en verdad, como santuario de la vida en una iglesia doméstica”: (PÉREZ SOBA, *El corazón de la familia*, 192).

32 Cf. L. MELINA, *Por una cultura de la familia. El lenguaje del amor* (Valencia 2009) 21-24, donde el autor muestra el paralelismo entre la crisis de la fidelidad y la crisis de la paternidad que se vive en la familia con la crisis de fe, esperanza y caridad.

tiene un origen muy claro, el amor del Creador donado en gratuidad y nos muestra la hermenéutica que da sentido a nuestra existencia concreta: la lógica del don para establecer una comunión de personas.

Por eso, en la familia cada persona puede mantener “la memoria de su origen”³³ y descubrir que tiene su morada en la casa del Padre. De esta manera, la familia es lugar adecuado para la transmisión de la fe ya que ayuda a descubrir la luz filial que está en el origen de la vida e impulsa a responder libremente acogiendo la vocación originaria de ser “hijo en el Hijo” (cf. Ef 1,5). La fe, confianza, fidelidad y el dinamismo del don propios de la familia genera el ambiente para un adecuado paso a la fe religiosa³⁴.

La fe propia del amor que se vive en la familia implica creer que en el otro hay una fuente de vida y que la comunión con él puede generar una historia llamada a dar fruto y por eso se aprende tener esperanza. El amor que se vive en la familia es precisamente un amor que encierra una promesa de plenitud. La convicción de construir un futuro que da sentido a la existencia es lo que ha movido a los esposos a darse la vida mutuamente cada día y a superar las dificultades³⁵. De esta manera, la familia es ámbito adecuado para vivir la esperanza y comprender la gran promesa que encierra el amor de Dios manifestado en la entrega esponsal de Cristo. Se prepara el camino para acoger “la gran esperanza del hombre [...] que sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando ‘hasta el extremo’, ‘hasta el total cumplimiento’ (cf. Jn 13,1; 19,30)”³⁶.

Y, por último, mediante el don de los padres y la experiencia de saberse amado más allá de cualquier criterio utilitarista, cada hijo es invitado a la correspondencia mediante el don de sí mismo aprendiendo “a existir no sólo ‘uno al lado del otro’ o ‘junto al otro’, sino también a existir recíprocamente

33 MELINA, *Por una cultura de la familia*, 23.

34 Cf. X. LACROIX, “La familia y el primado de la fe en un mundo secularizado y laicidad”, en: PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, *La transmisión de la fe en la familia* (Madrid 2007) 42-50; CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España*, 67.

35 Al contrario de lo que ocurre en la falsificación del amor propia del amor romántico que es incapaz de generar esperanza ya que su razón de ser no es la construcción de un hogar con la fidelidad continuada en el tiempo, sino la intensidad de lo que se experimenta en un instante. Lejos de construir un hogar, el amor romántico necesita repetir experiencias para volver a sentir lo mismo con la misma intensidad. Cf. PÉREZ SOBA, *El corazón de la familia*, 179-182.

36 BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Spe salvi* (30-XI-2007) 27.

‘el uno para el otro’³⁷. Viviendo el amor verdadero, a través de la comunión de las personas propia de la familia, se dispone a cada miembro de la familia a recibir y vivir la plenitud propia de la caridad³⁸.

2. IGLESIA DOMÉSTICA Y SACRAMENTOS.

El seno de la familia es el primer lugar natural para la preparación para los sacramentos. Estos santifican esos acontecimientos básicos que constituyen la historia misma de la familia: el nacimiento de los hijos, su crecimiento, el matrimonio y la muerte de los seres queridos³⁹.

¿Cuál es la razón de que la familia sea “lugar natural” respecto de los sacramentos? ¿Por qué acompañan la vida familiar de tal manera que la participación en los sacramentos no se experimente como algo extraño, sino como algo propio y natural al devenir cotidiano de la familia?

La respuesta la encontramos en la unidad que hemos planteado entre los dos “grandes misterios”. El lenguaje de los sacramentos encuentra eco en el corazón del hogar cristiano ya que existe una continuidad entre lo que se vive en la familia y lo que se celebra en los sacramentos: se hace presente de un modo pleno y particularmente intenso el misterio que “ya se vive” en la familia.

Se trata de una continuidad en plenitud ya que la participación sacramental implica un cumplimiento del plan de Dios sobre el matrimonio y la familia. La Iniciación cristiana forma parte de la vocación propia de la familia llamada, desde el “principio”, a ser imagen del “gran misterio” de Cristo y la Iglesia. Por eso se decía anteriormente que la familia es “el primer lugar natural para la preparación para los sacramentos”⁴⁰.

37 *Mulieris dignitatem*, 7.

38 El don del Espíritu renueva el corazón e informa desde el interior el amor de los miembros de la familia. “El amor conyugal alcanza de este modo la plenitud a la que está ordenado interiormente, la caridad conyugal, que es el modo propio y específico con que los esposos participan y están llamados a vivir la misma caridad de Cristo que se dona en la cruz”: (FC 13).

39 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Instrucción pastoral: *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, 96.

40 En diversos Rituales y en el Bendicional se sugieren diversos ritos para ser realizados en fa-

Esta unidad entre el misterio que se vive en familia y el misterio que se celebra sacramentalmente, se refleja con una especial fuerza en la Eucaristía donde se hace más visible y presente la verdad que constituye el matrimonio, participación de la entrega esponsal de Cristo que recrea y alimenta a la esposa y la verdad que constituye la familia como misterio de comunión en el amor.

La celebración eucarística supone el momento en el que la familia es introducida en la eternidad de Dios manifestando la grandeza expresada por san Pablo en la Carta a los Efesios: ser el misterio dentro del misterio esponsal de Cristo que se renueva en la Eucaristía:

En el “don” eucarístico, que es fundamento de la “comunión” eclesial, los esposos descubren y hacen suyo el amor esponsal de Cristo. La participación en la celebración eucarística es la mejor escuela y alimento del amor conyugal y el culmen de toda comunión familiar. La conciencia de esta realidad ha de llevar a la participación en la Eucaristía dominical, centro de la semana familiar⁴¹.

Si es cierto que la familia no puede vivir la plenitud de su vocación sin el don eucarístico, también podemos afirmar que la Iniciación cristiana, cuyo culmen es la Eucaristía, necesita de la familia para su adecuado desarrollo. Cuando la familia vive su ser y su misión como iglesia doméstica, la Iniciación no queda reducida a una experiencia meramente ritual que lejos de ser fuente de vida se presenta como el término, a modo de premio, de un proceso. Al contrario, la vida sacramental se convierte en centro y raíz que configura la vida de comunión de toda la familia.

3. LA IGLESIA DOMÉSTICA: LUGAR DONDE LA FE SE HACE VIDA.

La pérdida del sentido de la “grandeza” del matrimonio y de la familia contenida en el “gran misterio”, no sólo ha influido en una concepción ra-

milia. Para una descripción de los mismos: cf. D. BOROBIO, “Familia e iniciación cristiana”; en: *Familia* 7 (1993) 36-39.

41 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Directorio*, 60.

cionalista de su dimensión sacramental, sino a una profunda división entre la fe y la vida. El no considerar la íntima unión de la familia con el misterio esponsal de Cristo ha llevado en muchas ocasiones a la predicación de un Evangelio desvinculado con la realidad más grande que viven las personas, su propia familia⁴².

Por ser el ámbito privilegiado que impulsa la recepción de los sacramentos y la transmisión de la fe, la familia sale al paso de una de las mayores crisis de nuestro tiempo, la separación entre la fe y la vida⁴³. La superación de esta dicotomía pasa, entre otros caminos, porque la familia sea iglesia doméstica ya que es el lugar “donde la fe se transmite porque es significativa, porque está unida a esos acontecimientos de cada día que se viven dentro de la familia”⁴⁴. Al ser vivida en la cotidianeidad, la fe encuentra en la familia el entramado adecuado que permite hacerla vida⁴⁵.

La integración entre fe y vida que se produce de un modo tan natural en la familia cuando es fiel a su misión de ser iglesia doméstica, es una de las principales razones para establecer la prioridad de la familia respecto de los sacramentos y la transmisión de la fe. De hecho, las reflexiones anteriores han dado forma teológica a una experiencia básica en el cristiano: nuestra familia ha sido el hogar en el cual, con la suavidad y confianza propias del amor familiar, hemos aprendido a reconocer la verdad que da sentido y orienta nuestra vida, el amor primero de Dios Padre y la llamada fundamental a entregar la vida. Hemos aprendido a vivir esta verdad en la práctica de las virtudes humanas y teologales. Hemos aprendido a vivir de esta verdad acudiendo, de un modo igualmente familiar, a las fuentes de la Vida en los sacramentos de la Iniciación cristiana y hemos aprendido a mirar y discernir los acontecimientos cotidianos desde la luz de esta verdad⁴⁶.

42 Cf. L. MELINA, “Diagnóstico sobre la familia y respeto a la vida en la sociedad actual”, en: M. LACALLE-A. MARTÍNEZ (eds), *La familia: recursos y conflictos en la sociedad contemporánea* (Madrid 2009) 32.

43 “El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época” (GS 43). Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Veritatis splendor* (6-VIII-1993) 88.

44 PÉREZ SOBA, *El corazón de la familia*, 192-193.

45 Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Directorio*, 68; *Id.*, Instrucción pastoral: *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, 96.

46 Cf. Card. A. CAÑIZARES LLOVERA, “La transmisión de la fe”, 78.

Además de las razones aludidas que se desprenden de la sacramentalidad propia del matrimonio, la fuerza que tiene el hogar familiar para hacer significativa la fe se debe a la fuerza del testimonio de los padres y hermanos en la confianza generada por el amor familiar⁴⁷. El testimonio de los padres es esencial ya que “educan no tanto por lo que dicen cuanto por lo que viven”⁴⁸. Son ellos, con la coherencia de la propia vida, los primeros testigos de la verdad y del bien⁴⁹.

La integración entre la fe y la vida se produce de un modo particularmente intenso mediante la oración en familia, momento en el que los padres dan un testimonio de fe a sus hijos que deja huellas tan profundas en su corazones que los diversos acontecimientos de la vida no pueden borrar⁵⁰.

IV. UNA ADECUADA PASTORAL FAMILIAR.

Las reflexiones anteriores nos llevan a una conclusión evidente: el camino más directo para que los fundamentos de la vida cristiana sean puestos del modo más sólido posible mediante los sacramentos de la Iniciación cristiana⁵¹, pasa por la familia. Existe un vínculo directo entre la nueva evangelización y la misión apostólica de la familia (cf. FC 52) que nos lleva a una nueva manera de plantear la pastoral familiar.

1. PASTORAL TRANSVERSAL

Con los elementos desarrollados anteriormente podemos comprender que la familia es sujeto de la nueva evangelización no tanto desde la dimensión del “hacer” sino desde el plano del “ser”⁵². Es decir, no se trata de bus-

47 Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso en la ceremonia de apertura de la Asamblea eclesial de la Diócesis de Roma* (06-VI-2005).

48 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Directorio*, 178.

49 Cf. BENEDICTO XVI, *Carta sobre la tarea urgente de la educación* (21-I-2008).

50 Cf. FC 60; CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Directorio*, 68.

51 Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1212.

52 La perspectiva pastoral que relaciona a la familia con la evangelización desde el “hacer” fren-

car una buena metodología práctica para descubrir que estrategias son las más adecuadas para que los padres y los hermanos anuncien a Cristo. Sin quitar el valor a la creatividad pastoral dirigida a ayudar a los miembros de la familia a realizar su misión evangelizadora, ni a lo que podríamos llamar “ritualidad familiar” como complemento a la ritualidad propia de los sacramentos de Iniciación⁵³, el acento se ha de poner en un plano más fundamental. Se trata, más bien de comprender que la comunión familiar es el hogar en el cual los padres y los hijos pueden alcanzar su plenitud personal⁵⁴. Es el lugar, por lo tanto, donde se reconoce y vive la verdad que guía y da sentido a la existencia. Evangeliza por lo que es, siendo lo que está llamada a ser y por la potencia del lugar que ocupa, como hemos visto, en el plan de salvación de Dios desde el “principio”.

Únicamente si la familia se sitúa “en el centro de la misión de la Iglesia”⁵⁵ y de su acción evangelizadora⁵⁶ se podrá llevar a cabo la nueva evangelización, la adecuada transmisión de la fe, recepción de los sacramentos y crecimiento de la vida que a través de ellos el Espíritu ha hecho nacer.

Por eso, urge superar un modo de enfocar la pastoral familiar reducida a un sector más o menos especializado de acciones específicas centradas, por lo general, en los cursos de preparación al matrimonio o la resolución de casos morales por parte de sacerdotes o especialistas de distinto género⁵⁷. Es un modo de actuar alejado de la vida familiar, que considera a las mismas familias como sujetos pasivos y que al final termina por no tener incidencia en la vida real de las iglesias locales. En este sentido, es una experiencia habitual comprobar el peso que tiene en muchas parroquias la catequesis, la

te al “ser”, corresponde a una pobre teología de la familia. Cf. MELINA, “Verso una teologia della famiglia”, 47-48.

53 Cf. BORRIBIO, “Familia e iniciación cristiana”, 46. Podemos encontrar una serie de interesantes sugerencias para favorecer la misión que tienen los padres respecto de la iniciación cristiana en: *Ibid.* 39-42.

54 Cf. SCOLA, *Il misterio nuziale*, 78-79.

55 JUAN PABLO II, *Homilía tras el rezo del Santo Rosario en la Catedral de S. Patrick, New York* (7-X-1995).

56 Cf. C. SIMÓN VÁZQUEZ, “La famiglia soggetto di evangelizzazione in alcuni testi del Magistero della Chiesa”, en: *Familia et Vita* 15 (2010) 40.

57 Un breve esbozo de las causas que han llevado a este modo sectorial de plantear la pastoral familiar lo podemos encontrar en: PÉREZ SOBA, *El corazón de la familia*, 304-313.

acción caritativa o la pastoral juvenil y el escaso empeño en fomentar el ser y la misión de la iglesia doméstica.

El cambio de perspectiva pasa por descubrir que la pastoral familiar forma parte, esencialmente, de la misión de la Iglesia hasta el punto que la propia pastoral eclesial “es por su misma naturaleza pastoral familiar, pues ahí encontramos el lugar paradigmático de la vida”⁵⁸.

Si el camino de la Iglesia es el hombre, hemos de tener en cuenta que este hombre vive su existencia concreta en el marco de una familia, por lo que entre los numerosos caminos como la Iglesia se acerca al hombre, el primero y el más importante es el camino de la familia. Con ello queremos indicar que el trabajo pastoral con la familia no es en modo alguno una “pastoral sectorial”, sino una dimensión esencial de toda evangelización⁵⁹.

Por lo tanto, la pastoral familiar nunca ha de ser “una pastoral sectorial que se pueda reducir a unas acciones concretas [...] Por el contrario, ha de ser integral [...] y progresiva”⁶⁰. En definitiva se trata de una pastoral que ha de ser transversal a todas las acciones evangelizadoras que se realizan en la Iglesia.

Sin duda es necesario el apoyo de adecuadas estrategias pastorales, materiales y planes catequéticos o pedagógicos. Sin embargo, para que se de una eficaz transmisión de la fe y un crecimiento cada vez mayor de la vida cristiana que ha brotado de los sacramentos de Iniciación cristiana se requiere, de un modo más fundamental y prioritario, que la familia viva lo que le es propio. Cuanto más se fomente su comunión en el amor con Cristo Esposo y entre los miembros de la familia, en la medida en que se ayude a que crezcan sus virtudes domésticas y teologales, su vida de oración y de sacramentos, mejor será la Iniciación cristiana desembocando en una auténtica conformación interior y no se quedará reducida a una serie de actos exteriores sin capacidad transformadora de la vida del niño y del adolescente.

58 *Ibid.* 314.

59 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Instrucción pastoral: *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, 165

60 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Directorio*, 23.

En la medida en que la familia sea iglesia doméstica, la transmisión de la fe no se limitará al conocimiento de unos contenidos, sino que tendrá la forma de una amistad viva con Cristo que ilumine y de sentido a la vida.

Cuando la pastoral familiar permanece como trasfondo de toda acción evangelizadora se han puesto las bases para que exista una continuidad real después de la Iniciación cristiana, abriendo a los jóvenes horizontes de vida que concreten la vocación al amor y al seguimiento de Cristo que han vivido en sus hogares⁶¹.

Si “la crisis de familia implica crisis de fe”⁶², es necesario, hoy más que nunca, emplear todos los recursos necesarios encaminados a que las familias recuperen el vigor evangelizador de los primeros tiempos de la Iglesia⁶³ y ayudar a los matrimonios a vivir su entrega esponsal, acompañar a los padres en sus dificultades respecto de la educación de los hijos y facilitar los cauces para que en el hogar se pueda vivir una auténtica espiritualidad familiar: grupos de matrimonios, retiros, convivencias, charlas, con una especial insistencia en la fuente eucarística en la que la familia renueva el don del Espíritu.

2. PASTORAL DE COMUNIÓN.

Si es cierto que “la Iglesia, como sacramento de salvación de los hombres, necesita de las familias para llevar a cabo su misión”⁶⁴, no es menos cierto que la familia necesita de la Iglesia y no sólo para recibir la gracia del Espíritu, sino para que los hijos descubran el horizonte de una vida plena según los planes de Dios: “ningún hombre y ninguna mujer por sí solos y únicamente con sus fuerzas puede dar a sus hijos, de manera adecuada, el amor y el sentido de la vida”⁶⁵.

61 “Hay que preparar a los jóvenes para el matrimonio, hay que enseñarles el amor. El amor no es cosa que se aprenda, ¡y sin embargo no hay nada que sea más necesario enseñar! Siendo aún un joven sacerdote aprendí a amar el amor humano”: (JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza* [Barcelona 1994] 133).

62 Card. A. CAÑIZARES LLOVERA, “La transmisión de la fe”, 54.

63 Como se puede apreciar en los frutos que brotaron de la unidad entre el ministerio de san Pablo y el de Priscila y Áquila. Cf. BENEDICTO XVI, *Audiencia General* (7-II-2007).

64 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Directorio*, 65.

65 BENEDICTO XVI, *Discurso a la Asamblea eclesial de la diócesis de Roma* (06-06-2005).

Junto con la llamada a ser una pastoral esencial y transversal a toda acción evangelizadora, hemos querido subrayar una segunda característica de la pastoral familiar: su necesidad de desarrollarse en comunión con otras realidades eclesiales, de un modo especialmente importante con la parroquia y el colegio. Este trabajo en comunión va dirigido precisamente a salvaguardar el deber esencial, original y primario, insustituible e inalienable (cf. FC 36) que tienen los padres de educar a sus hijos y que “recibe del sacramento del matrimonio la dignidad y la llamada a ser un verdadero y propio ‘ministerio’ de la Iglesia” (FC 38). Se trata, por lo tanto, de la aplicación del principio de subsidiariedad que garantiza la competencia fundamental de los padres respecto de la educación de los hijos impulsando a la vez a compartir esta misión educativa con otras instituciones⁶⁶.

Las mismas reflexiones anteriores que han evidenciado la íntima unidad entre el misterio de la Iglesia y el misterio de la iglesia doméstica impulsan esta necesaria colaboración en comunión:

La edificación de cada familia cristiana se sitúa en el contexto de la familia más amplia, que es la Iglesia, la cual la sostiene y la lleva consigo, y garantiza que existe el sentido y que también en el futuro estará en ella el “sí” del Creador. Y, de forma recíproca, la Iglesia es edificada por las familias, “pequeñas Iglesias domésticas”, como las llamó el concilio Vaticano II [...] De todo ello deriva una consecuencia evidente: la familia y la Iglesia, en concreto las parroquias y las demás formas de comunidad eclesial, están llamadas a una estrecha colaboración para cumplir la tarea fundamental, que consiste inseparablemente en la formación de la persona y la transmisión de la fe⁶⁷.

En lo que respecta a la colaboración con el colegio, se ha de promover la implicación activa de los padres en la tarea de la educación de los centros escolares y que éstos promuevan ayudas eficaces para que los padres puedan realizar su misión educativa⁶⁸.

66 “Los padres no son capaces de satisfacer por sí solos las exigencias de todo el proceso educativo, especialmente lo que atañe a la instrucción y al amplio sector de la socialización. La subsidiariedad completa así el amor paterno y materno”: (*Gratissimam sane*, 16).

67 BENEDICTO XVI, *Discurso a la Asamblea eclesial de la diócesis de Roma* (06-VI-2005).

68 Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Directorio*, 180-182.

La colaboración con la parroquia afecta de un modo directo al tema que ha motivado nuestro estudio: “en la catequesis y todo el proceso de educación en la fe es esencial la cooperación de los padres para que exista una verdadera transmisión de la Iniciación cristiana de la fe”⁶⁹. Fomentar este protagonismo de los padres en comunión con la parroquia es de vital importancia ya que “la catequesis familiar precede, pues, acompaña y enriquece toda otra forma de catequesis [...] Nunca se esforzarán bastante los padres cristianos por prepararse a este ministerio de catequistas de sus propios hijos y por ejercerlo con celo infatigable” (CT 68).

V. CONCLUSIÓN

No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. En su Evangelio, Juan había expresado este acontecimiento con las siguientes palabras: “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna” (cf. 3, 16)⁷⁰.

Estas bellas palabras de la primera encíclica de Benedicto XVI nos hacen comprender como la vida cristiana se fundamenta en el encuentro con el Amigo y el Esposo, en el estupor de ser amados con un amor que es la respuesta al anhelo que late en el corazón de todo hombre desde el “principio”. De esta manera, la fe nunca tiene la estructura de una comunicación de ideas, sino la forma de una amistad en la que el Amigo revela los secretos del corazón (cf. Jn 15, 14-15). Así, el crecimiento en la fe encuentra su lugar privilegiado en la familia ya que el Esposo ha puesto su morada en ella. Esta contemporaneidad familiar de Cristo, habitual y cotidiana, se hace presencia en el hogar ya que su verdad originaria, establecida desde el “principio” por la Sabiduría divina, es la de ser misterio-sacramento del modo en el que la eco-

69 *Ibid.* 183.

70 BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Deus caritas est* (25-XII-2005) 1,

nomía salvífica se ha originado, desarrollado y alcanzado su plenitud en la entrega esponsal de Cristo a la Iglesia. Misterio que se hace presencia en el misterio de la iglesia doméstica.

De esta manera, la experiencia del encuentro con el Esposo y la experiencia eclesial que se contiene en los sacramentos de la Iniciación cristiana se desarrollan como una continuidad en plenitud de lo que se vive de un modo cotidiano en la familia. Por ello, “la misma vida de familia se hace itinerario de fe y, en cierto modo, Iniciación cristiana y escuela de los seguidores de Cristo” (FC 39).

Esta es la razón por la que hemos propuesto una pastoral familiar transversal y en comunión como el medio más fundamental para que se produzca un adecuado crecimiento de la vida cristiana que ha brotado de los sacramentos de la Iniciación cristiana.